

Editorial

Un Pentecostés vivido con la fuerza del Espíritu, habitando en nuestros corazones con la misma intensidad con que Jesús nos prometió estar con nosotros hasta el fin de los tiempos, hace que nuestras familias vivan en un ambiente de iglesia doméstica nunca antes experimentado.

Pentecostés no es una simple fecha que celebra la Iglesia un día. Pentecostés no sólo significa la venida del Espíritu Santo al igual que entonces a los apóstoles. Pentecostés no se enmarca en un momento dado de nuestra historia humana. ¿De qué nos vale celebrar una fecha y sentir la llegada del Espíritu Santo, si sólo le recibimos como un visitante y luego dejamos que se marche, sin dejar en nosotros ese impulso que nos lleva a crecer en la fe, a vivir con intensidad la compañía de Dios en nuestros hogares?

Pentecostés no es algo que viene a nosotros una vez al año. Pentecostés tiene que ser una vivencia de cada día en nuestros corazones, tiene que ser un actuar consecuente con lo que Dios quiere que seamos y que hagamos.

La familia cubana es un Pentecostés lleno de virtudes a las que estamos llamados a responder, a demostrar con nuestra actitud en todo momento y lugar. Cada año renovamos nuestro Pentecostés con un cambio que mejora nuestra calidad de comprometidos con la Iglesia de Dios. Y cada Pentecostés nos lleva a una reflexión individual, familiar y comunitaria encaminada a valorar nuestras incoherencias entre el pensar y el actuar.

Esa venida del Espíritu Santo requiere de una preparación de nuestros corazones, más que en el orden litúrgico; nuestra mente debe disponerse, al igual que nuestro corazón, a dar un espacio al visitante, que tiene una llegada especial cincuenta días después de la Pascua, pero que llega para quedarse en nosotros durante toda nuestra vida. Lo que sucede es que cada año se renueva y nos trae un mensaje nuevo.

Cuando damos de comer al hambriento y de beber al sediento, es Pentecostés. Cuando visitamos al enfermo o al preso, y estas visitas no son de compromiso, sino que responden a las necesidades de ese hermano, y le ayudamos con nuestra presencia, es Pentecostés. Cuando somos capaces de mitigar los deseos de fe y ayuda espiritual en el prójimo, es Pentecostés.

Cuando ese anciano, que transita por sus últimos días de vida terrenal, recibe nuestro apoyo y estímulo y no lo dejamos sólo, ese día es Pentecostés.

Cuando nos sensibilizamos con las necesidades del prójimo, incluyendo a nuestras familias, y de nuestros labios sale una frase de amor y consuelo, un consejo, un "cuenta conmigo", e incluso, una ayuda material, ese día, en ese momento, es Pentecostés. Ese es el verdadero actuar del Cristiano que siempre tiene un espacio para el Paráclito, para el abogado defensor de todos los hombres.

Se hace imprescindible que todas las familias cubanas hagan de su diario caminar un verdadero Pentecostés; que enraicemos en lo más profundo de nuestras vidas la gran verdad de este acontecimiento. No desconocemos las dificultades que presentan las familias cubanas de estos tiempos en todos los órdenes, pero este no es el momento para estar lamentándonos de ellas. Este es un momento de decisiones, de entrega y de sacrificio, por supuesto, llenos de Espíritu Santo y confiados de la misericordia de Dios, quien siempre nos guía y que a través de ese espíritu consolador nos da inteligencia como para ver un poco más allá, de forma mesurada, todo lo que acontece y nos aconseja sobre cómo actuar.

No nos desesperemos. Recordemos que poseemos el gran regalo de la compañía de Dios con nosotros hasta el final de los tiempos, y eso gracias al Espíritu Santo, que cada año viene, muy especialmente sobre las familias, para ayudarnos a vivir en ÉL con intensidad.

Cualquier día, hora o momento es idóneo para hacer un alto y ver hasta qué punto hemos dado entrada al Espíritu divino en nuestras corazones, porque siempre es Pentecostés. ¡Aleluya!